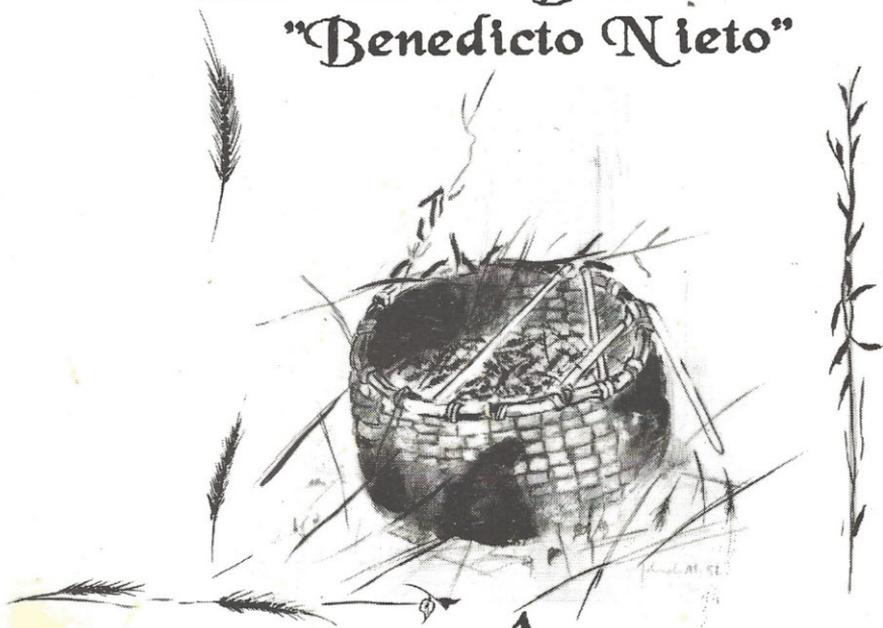


ANDECHA lenense, No. 1.
Instituto de Bachillerato
"Benedicto Nieto"



A
la memoria del profesor
Juan García García.

Esquisa oficial de alumnos y profesores.

Pola de Lena, 1991.

EDITA: INSTITUTO DE BACHILLERATO "BENEDICTO NIETO"
POLA DE LENA - 1.992.

IMPRIME: GRAFICAS LENA, S.L. - Plaza Alfonso X El Sabio, 11
POLA DE LENA - ASTURIAS.

I.S.B.N.: 84-604-2894-X

Depósito Legal: AS - 1182 - 92.



Coordina esta andecha:

Julio Concepción Suárez

Colaboran:

Alumnos/as:

Irene Cifuentes del Corro
Mercedes Díaz
Carlos Díaz Palacios
Víctor Fernández Barata
Dolores Fernández Torre
Noelia García Argüelles
Natividad García Morán
Bernardo Glez. Villanueva
Nuria Martínez
Mónica Moreira
Eugenio Rodríguez
M. Isabel Rodríguez
Cándido Rodríguez
Jorge Sueiras
Marisa Vázquez Oreiro

Profesores/as:

Genaro Alonso Megido
Sira Casado Alonso
Julio Concepción Suárez
José Ramón González Estrada
Jenaro Fueyo García
Ascensión Herrero
Gun Larsson
Juan Noriega Arbesú
Vicente Rodríguez Hevia
M. Guadalupe S. Enríquez
Elvira Suárez

Ilustración de portada:

Yolanda Alvarez Viejo

Entre bytes y bites

El juego de las generaciones informáticas

Precisión terminológica

La palabra «generación» ha sido usada tradicionalmente para describir a los miembros coetáneos de una misma familia. Cuando hablamos de tres generaciones nos referimos, generalmente, a los abuelos, a los padres y a los hijos. En nuestro mundo computerizado también se usa ahora para describir el desarrollo tecnológico de los ordenadores.

En estos momentos se está empleando la cuarta generación de computadoras, mientras que los investigadores están trabajando febrilmente en la quinta. ¿Qué significan exactamente todas estas generaciones? Nos remontaremos en el tiempo hasta los orígenes de la primera computadora y, siguiendo su evolución hasta nuestros días, clarificaremos este juego de las generaciones.

Protohistoria de la computadora

Pero antes deberíamos concretar qué es una computadora. De una manera muy general, las podríamos definir como máquinas que realizan una serie de instrucciones basadas en cálculos numéricos. La primera computadora simplemente ayudaba a la gente sumando, restando, multiplicando y dividiendo de una manera mucho más rápida que ningún cerebro humano.

Estaba hecha con ejes y engranajes y fue ideada por Blaise Pascal en 1642. Desde entonces, sucesivos inventores introdujeron modificaciones más o menos provechosas; pero su desarrollo complejo no tuvo lugar hasta el presente siglo, mediada la década de los cuarenta. Fue entonces cuando apareció la primera computadora electrónica (sin partes móviles), apodo que las diferencia de sus antecesoras, las computadoras mecánicas (con partes móviles).

Fue un grupo de investigadores de la Universidad de Pensilvania los que, bajo la ayuda militar de la Administración norteamericana, construyeron la primera computadora electrónica. Se le puso el nombre de ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Computer) y se caracterizaba por estar basado su funcionamiento en las válvulas de vacío, como los aparatos de radio y los televisores antiguos. El empleo de esas válvulas de vacío permitía al ENIAC realizar 300 operaciones por segundo. Toda una hazaña, pues sus antecesores mecánicos sólo podían realizar un cálculo por segundo. El único inconveniente de ENIAC era su tamaño: cubría una superficie equivalente a dos viviendas, y con sus 18.000 válvulas pesaba lo mismo que treinta turismos.

La llegada del ordenador

Durante el desarrollo de esta primera generación fueron establecidas las características básicas de los actuales ordenadores. ENIAC no tenía memoria y era controlada por sus operadores trabajando éstos en cadena; cada uno de ellos realizaba una tarea (perforar fichas, introducir cintas, etc.) y el resultado era empleado como datos de entrada para iniciar la labor del siguiente. A un grupo de investigadores del Massachussets Institute de

Technology se les ocurrió el concepto de programa memorizado. Hicieron que formase parte de una máquina llamada SSEC (Selective Sequence Electronic Calculator), pero al igual que su compañera ENIAC, era todo un monstruo tanto en peso como en tamaño.

El empleo del transistor hizo que las computadoras diesen el salto hacia la segunda generación. Las máquinas son ahora más pequeñas y más eficientes: el primer computador electrónico transistorizado (el Philco 2000, vendido en 1957) era capaz de realizar 3.000 operaciones por segundo, diez veces más rápido que ENIAC.

La segunda generación presenció la plena participación de IBM en el mundo de las computadoras. Hasta entonces, la compañía había sido, irónicamente, escéptica sobre sus propias posibilidades. IBM fabricó el 7070, primer computador que podía leer los datos, procesarlos y escribirlos automáticamente.

A pesar de los progresos alcanzados, éstos nunca se consideraban definitivos y continuamente se buscaban mejoras en las características de las máquinas. El siguiente adelanto tecnológico fue el empleo del circuito integrado (CI), que es el rasgo diferenciador de la tercera generación. El circuito integrado es, sencillamente, una manera más idónea de conectar los diferentes cables y componentes dentro del computador, ofreciendo, en conjunto, un tiempo de reacción mucho menor que el circuito convencional. El primer ordenador dotado de CI fue desarrollado por Texas Instruments en 1961. IBM entró en el mercado en 1964 con la serie 360, y esto elevó la compañía hasta la posición líder, que ya no abandonaría hasta nuestros días. Las mejoras de esta tercera generación respecto a la segunda se centran en una reducción de tamaño y precio, lo cual permite acercarlo al mundo de los ne-

gocios, vender muchas más unidades, conseguir beneficios y mantener las empresas fuera de la tutela del Gobierno. El número de computadoras vendidas en 1964 era de 25.000, mientras que en 1953 no llegaban a la centena.

Sin embargo, no fue hasta la aparición de la cuarta generación en que el ordenador llegó a ser lo que es hoy en día: la máquina amiga, útil para todos. El último empuje lo dio un italiano residente en California. Se apellidaba Faggin y presentó el microchip en 1971. Su característica más importante, desde nuestro punto de vista, es que reduce un circuito integrado del tamaño de un libro al de una pequeña goma de borrar. Esto significa computadores más pequeños, más rápidos y sobre todo mucho más baratos. El microchip llevó a la comercialización de los conocidos ordenadores personales, video-juegos, terminales informáticos, etc. Bajo la cuarta generación, el uso del computador se ha extendido por todo el mundo, modificando nuestro poder y el límite de ese poder (para bien o para mal).

Proyección informática: la máquina verbal

Los mejores científicos están trabajando hoy en día en la quinta generación, lo que nos llevaría directamente a la era de la ciencia-ficción. Las predicciones son dispares; hay quien dice que la quinta generación de computadores pensarán, aprenderán de sus errores y serán capaces de hablar con nosotros. Sin duda, serán mucho más rápidos que sus predecesores y podrán resolver problemas mucho más complicados. Estaremos en la era de Hal, el computador de «2001» que controlaba la nave espacial. Sólo que la nave espacial será el viejo planeta Tierra.

Juan Noriega Arbesú

De un profesor en su tiempo:
Aelfric

«... que cada uno sea autor y director de la melodía de su propia existencia.»

(G. Morente)

Hoy, como ayer

Puede resultar extraño en los umbrales del siglo XXI que nos remontemos diez siglos atrás, para sacar a la luz una figura, quizá para muchos desconocida, no por ello menos importante, que está estrechamente ligada a la pedagogía, y más en concreto a la enseñanza de la lengua extranjera «de moda» en aquellos tiempos: el latín.

Nos estamos refiriendo a Aelfric, abad de Eynsham, que brilla con luz propia en el s. X en Inglaterra, al tiempo que deja una huella bastante importante en los siglos inmediatamente posteriores. Hoy día, en un momento en que la enseñanza y el estudio de los idiomas es algo asumido como hecho necesario por la sociedad, el tema adquiere especial relieve.

Vivimos un tiempo en el que cada día se van derribando fronteras, con un horizonte de la Europa de 1993 ya a la vuelta de la esquina. Por este camino, el conocimiento de al menos una lengua extranjera se ha venido a convertir en herramienta imprescindible para toda persona con una mínima inquietud de promoción personal y profesional.

Y cuando hablamos de lenguas extranjeras, podemos (casi sin temor a equivocarnos) reducirlas a una sola: el inglés, en la sociedad actual, con aquel papel de «lingua franca», que había desempeñado el latín siglos atrás. En fin, una lengua, al mismo tiempo instrumento de trabajo y de comunicación en el orden supranacional.

Como instrumento de trabajo, el inglés nos permite hoy desde fijar nuevas bases para futuros estudios de filología hasta potenciar otros estudios y actividades profesionales. Con ella se hace posible la imprescindible puesta al día en cualquier tipo de avances científicos y tecnológicos, a través de las correspondientes publicaciones, revistas especializadas, etc.

Como instrumento de comunicación, vivimos un tiempo y un mundo en creciente interdependencia a todos los niveles: los problemas, los descubrimientos, los avances..., de unos pueblos que ya no pueden quedar circunscritos al entorno de sus fronteras. Más bien afectan a los demás pueblos, por lo que se multiplican cada día las organizaciones internacionales, los medios de comunicación supranacionales..., y organismos semejantes.

Retrocediendo ahora diez siglos en el tiempo, nos encontramos con una situación, en la que el latín –salvadas las distancias– intentaba jugar (y, de hecho, lo hacía) un papel similar entonces al del inglés actual: el latín era la lengua de cultura, estrechamente ligada a la Iglesia, y era el instrumento de comunicación entre las gentes «cultas» de los distintos pueblos de aquella Europa.

Por esto, para un profesor de lengua extranjera hoy, no deja de resultar interesante y curioso el hecho de constatar cómo se enseñaba el latín, cuando era una lengua viva al modo del inglés actual. Y para ello podemos recurrir a nuestro personaje, a Aelfric, pedagogo y profesor de latín entonces.

Dejaremos, por el momento, su obra literaria de corte religioso, con el objetivo de centrarnos exclusivamente en el material por él diseñado para la enseñanza del latín: una trilogía formada por la Gramática, el Glosario y el Coloquio.

La Gramática

Ya en el mismo prólogo, dice su autor que se inspira en Donato y Prisciliano, al tiempo que adapta al anglosajón los términos técnicos contenidos en gramáticas latinas, lo que va a llevar a cabo mediante la creación de otras voces y expresiones anteriormente inexistentes en la lengua anglosajona.

De este modo, la aportación que Aelfric hizo a la lengua bastaría para justificar el apodo de «grammaticus» con el que se le conoce y distingue de sus homónimos. La gran novedad estriba en que esta gramática de Aelfric está escrita en una lengua «moderna» que intenta poner al alcance de sus alumnos. Y, por ello, parece lógico pensar que sea el resultado de su experiencia como enseñante, en la que lleva a la práctica el principio de «non nova sed nove».

El Glosario

Suponía una herramienta más de trabajo en manos de sus alumnos: lógicamente, necesitaban éstos dominar una buena cantidad de vocabulario para poder expresarse con precisión. Con ese objetivo, el profesor les suministraba ese Glosario o Diccionario, como útil de trabajo. Muchas de las voces de este glosario ya aparecían en los ejemplos de la gramática, pero ahora, además de ampliar su número, Aelfric las ordena y clasifica en ocho grupos, posiblemente inspirado en las Etimologías de San Isidoro.

El Coloquio

Después de haber ofrecido a los alumnos las nociones de gramática indispensables, y después de haber enriquecido su repertorio léxico, quedaba poner en práctica lo que hasta entonces era sólo teoría.

Y, para facilitar esa tarea a los alumnos, al tiempo que se la procuraba hacer agradable, les proporcionaba también un «manual de conversación». En este manual, a cada alumno se le asigna el papel de un artesano distinto, quien, a preguntas del profesor, va contestando sobre la actividad que realiza durante el día.

El lenguaje empleado por los alumnos en las respuestas había de cumplir unas normas: estructuras sintácticas correctas, vocabulario más o menos amplio, y una descripción final detallada que representa el papel del monje acerca de la distribución del tiempo en el monasterio. Una exhor-

tación de tipo moral (no cabría esperar otra cosa) cerraba el coloquio.

En la estructura de la conversación, el profesor hace preguntas y dirige la discusión, pero es el propio alumno el que más habla. De hecho, en la segunda parte del Coloquio, es quien lleva todo el peso del diálogo.

Si nos paramos a reflexionar los profesores de lenguas extranjeras, podemos observar que, prácticamente, eso mismo es lo que venimos haciendo nosotros en clase con los alumnos de hoy: el profesor ha de estimular la comunicación del alumno en la lengua extranjera que está aprendiendo, mediante el uso correcto de las estructuras lingüísticas, de las normas gramaticales y del vocabulario que se les ha ido suministrando.

Por otra parte, los métodos utilizados por los enseñantes de aquella época no tenían realmente mucho de seductores: los maestros recurrían a menudo a la vara para estimular el interés y despertar el espíritu de sus alumnos.

Así, ya en las primeras líneas del Coloquio se dice: «carius est nobis flagellari pro doctrina quam nescire», lo que indica que era una práctica extendida y, a la vez, asumida por los alumnos. Por suerte hoy, el alumno recibe otros estímulos para el aprendizaje de la lengua extranjera: material audiovisual, viajes, etc., bastante más agradables de lo que podía resultar la vara.

En fin, la gran innovación de Aelfric puede resumirse en esa utilización de un método directo, que se apoya en tres sólidos pilares:

- a) el estudio detallado de la gramática, tanto desde el punto de vista morfológico como sintáctico;
- b) la adquisición progresiva de vocabulario;
- c) el ejercicio de aplicación práctica, que permite al alumno utilizar sus conocimientos gramaticales y emplear el vocabulario aprendido.

En consecuencia, el profesor de lengua extranjera que no tome en cuenta estos tres pilares como base del aprendizaje de sus alumnos, al lado de los demás recursos didácticos auxiliares a su disposición, no puede esperar resultados positivos de su trabajo. De hecho, a estos tres puntos básicos se reducen, en definitiva, los objetivos recogidos en las programaciones de la asignatura de lenguas extranjeras. De ahí, la actualidad renovada de Aelfric, un milenio después.

Jenaro Fueyo García

Por los nombres alleranos

Notas sobre el lenguaje toponímico: algunos nombres de Aller

Julio Concepción Suárez

«El hombre del fin de la historia espera el acontecimiento, la nueva manifestación del ser que, necesariamente, deberá producirse a través del vehículo que más contribuyó a su ocultamiento: el lenguaje.»

(Francisco León)

Signos del ahora

Sobre las voces del suelo

En esta aparente maraña de topónimos que recubren palmo a palmo los pueblos y montes alleranos, no hay confusión. A todo más, en esa lectura silenciosa que hace el caminante sobre el sigiloso lenguaje del suelo podrá haber nombres más raros, que no podamos descifrar por el momento. Pero el lenguaje toponímico de estos valles, como en cualquier otra lengua regional, tiene un sentido que se borra mal del suelo, por mucho que se hayan desgastado las palabras y los montes con el paso del tiempo y de los hombres alleranos.

Por otro lado, el estudio de las palabras y de las voces toponímicas viene a ser un documento más para el conocimiento del entorno humano, en esa parte del pasado que sobrevive al presente. Por esto, desde hace tiempo, y desde el sistema de cada lengua, se estudia este aspecto del lenguaje, entre el uso de la zona y la cultura regional. El lenguaje del suelo es objeto de estudios lingüísticos que se remontan al mismo origen de las palabras, antes de dispersarse en el mosaico de las lenguas indoeuropeas (Francisco Villar, 1971; Martín Sevilla, 1980; Émile Benveniste, 1983; Colin Renfrew, 1987). Las divergencias vendrían después.

No obstante, y precisamente por ser parte del lenguaje y del entorno, también los nombres sienten (o sufren, según los casos) el rigor de la otra cultura sobre este medio natural allerano. Y así, como más abajo se verá, algunos topónimos quedan también mermados en este entorno: pierden sus referentes naturales, se vacían de sentido, quedan sepultados entre montones de tierra, colgados débilmente en la memoria de los mayores, o raídos entre las páginas de algún testamento elaborado con mano temblorosa, ya al final de la andadura. Simplemente, también algunos nombres se van quedando solos.

El documento verbal allerano

Pero el lenguaje del suelo es siempre mojón señero. A modo de ejemplo, recordemos el nombre de Rubayer, pueblo y paraje más allá de las Foces, entre Casomera y el puerto de Vegarada. El topónimo, tal vez para muchos no alleranos castellanizado en Río

Aller, es un ejemplo evidente de la función documental que la fonética toponímica puede ofrecer cuando surgen las dudas y se buscan las pruebas.

Efectivamente, la articulación firme de los alleranos en los citados pueblos más altos (Casomera, Conforcos, Felechosa...), que siempre hacen /Rubayer/, con /y/ y no /ll/ por tanto, despeja las dudas a cerca de la articulación del parónimo con que se designa el concejo de Aller entero. Según el dato de Rubayer, sería el concejo de Ayer, y no de Aller, por muy generalizado que se encuentre hoy en castellano.

Otra cuestión será el sentido del río y del entorno allerano en el sistema ecológico de tiempos más remotos. A juzgar por nombres parejos de la misma raíz en otros lugares y lenguas, todo parece indicar que el nombre fluye del río. Sin alargarse ahora en el mosaico de las etimologías, resumimos con los estudiosos del tema que pudiera tratarse de la raíz prerromana /*al-/ 'blanco, brillante' (Agud Querol, 1952; J.M.González, 1959; Dauzat, 1963), que desde las culturas indoeuropeas dejó otros derivados léxicos y toponímicos con el mismo sentido originario o próximo (Fouché, 1945; Fratila, 1948; Griera, 1950; Hubschmid, 1960; Martín Sevilla, 1980).

Se trataría, en fin, del adjetivo 'blanco, brillante' aplicado a las aguas del río, sin duda un poco más cristalinas en el sistema ecológico allerano unos cuantos milenios atrás. Serían aguas como las que hoy se contemplan todavía de Felechosa hacia Cuevas, camino del puerto: claras, limpias,

transparentes, sonoras. El adjetivo se avendría bien a las aguas del río.

De esta forma, el lenguaje toponímico supone una parte de la identidad allerano. Las voces del suelo suponen esas anillas en serie, bien enlazadas en la cadena de los entornos y culturas que se van sucediendo en el tiempo. Pasado y presente se cruzan en el topónimo, especialmente cuando esas voces se siguen usando en la lengua común. Si hoy sobreviven cabanas y cabanietsas en las brañas de los puertos de verano allerano, no resultará demasiado complejo reconstruir la situación de la vivienda primitiva en los mismos valles, incluso milenios atrás. Pueblos como Cabañaquinta, Cabanietses, El Cananón, siguen recordando aquellas rústicas casas, hoy de arquitectura bien transformada.

Más aún, esas cabanas, hoy sólo cuadro costumbrista de los mayaos más altos, fueron vivienda común en las mismas costas junto al mar: a pocos kilómetros de Ribadeo, ya en tierras gallegas, junto a Foz, está el pueblo de Cabanas, en la misma orilla de la playa, diseminando sus casas hacia el interior. Y en Padrón, a pocos kilómetros de Santiago, en la depresión que inunda en los hinchentes el río Ulla, en una vaguada por debajo del nivel de las aguas de las mismas Rías Baixas, otra serie de casas rurales recibe también el nombre de Cabanas. Las cabanas no estaban sólo en los altos.

La distribución de topónimos de este tipo se da en toda la escala de alturas entre la ribera del mar y los últimos mayaos; cuelgan también de las peñas a más de los dos mil metros de altura, entre las rocas a duras penas habita-

bles todavía. Así se va escalonando este abundante campo toponímico: Cabana, Cabanas, Cabanela..., en toda Galicia; Cabañas de Sayago, en Zamora; Cabañas de Yepes, en Toledo; La Cabañuela, en Jaén; Cabanes, en Castellón; Cabanyes, Les Cabanyes, Las Cabanyas, El Cabanyal..., en la región catalana; Cabañares, Cabañuelas, El Cabañazo, La Cabañita... en toda La Rioja; Cabañes, en Santander; Cabanillas, en Navarra, Madrid, Guadalajara, León, Segovia...

Ya en la toponimia francesa, Dauzat (1963) recoge formas semejantes del tipo Cabane, Cabannes, Les Cabannes, La Cabanasse, Lascabanes, Chabanne, Chavanatte, Chavagnes, Chavaignes..., con las evidentes adaptaciones fónicas, mórficas y gráficas del sistema lingüístico francés (como se puede observar, tampoco en este punto demasiado alejado del asturiano de Aller: no hay tanto de Cabana a Cabane, ni de Cabanas a Cabanes, o Les Cabannes).

En fin, y sin ir más lejos, esa voz antigua cabana pudiera tener raíces que producen desacuerdo: cappa celta, ilirio, cappa lat. (Corominas, 1980) o cavea 'cueva' (Segura Munguía, 1985). Pero la voz toponímica tiene un sentido hoy coincidente en los puntos más dispares: 'choza, vivienda rústica, cabaña'. Y con ese sentido pasó a designar numerosos puntos en el sistema ecológico primitivo asturiano, hoy documentado en toda la región, con la nota semántica de los variados morfemas con que se precisa afectivamente la vivienda: El Cabañín, La Cabañina, La Cabañona, El Cabañucu, El Cabanín, El Cabanón...

Como siempre, la vivienda es muy preciada, y la mor-

fología toponímica no deja de recoger los matices de aquellos primeros asturianos que las fueron levantando entre los morrillos de las corras, los palos de los acebos, los tapinos de sus techumbres y el arrú que nunca falta junto a la entrada.

Toponimia de origen vegetal

En otros casos, la toponimia allerana resulta igualmente señera a la hora de enlazar con el lenguaje del tiempo entre los tiempos. Es el caso de lugares como Piñeres, El Pino, La Pola'l Pino, Foces del Pino... Hoy se han perdido las referencias externas, y algunos lenenses o alleranos se extrañan de que pudiera algún día haber pinos y piñas en lugares como Piñeres, Piñera, en Carraluz, o El Puerto Pinos, de La Cubilla hacia tierras leonesas, donde ya no se alzan espigados sobre los lugares que designan.

En cambio, el recuerdo de los mayores, o el recurso al lenguaje toponímico de otras zonas y regiones, confirman los datos verbales del suelo. Y el caso allerano tiene aun valor doblado, por el testimonio paisajístico que ofrecen esos pinos exiliados, pero autóctonos, ante la presencia relativamente reciente del carbón (basta contemplar todavía esos pinos asilvestrados desde la otra ladera del valle o de la cima).

Y es que la industria del pino y las piñas fue negocio floreciente (y ecológico, sin duda) hasta la llegada de los penúltimos combus-

tibles. De hecho, en algunos pueblos gallegos en torno a Mondoñedo, todavía en los años ochenta se contemplaban las pequeñas industrias familiares en el trabajo de las piñas. La costumbre fue general.

Nos contaba, no sin nostalgia, un campesino de unos sesenta años, el largo y floreciente proceso de las piñas. En esos pueblos gallegos, hasta hace unos cincuenta años, toda la familia salía a los pinares a recoger en sazón las piñas, como una faena más del campo. Esas piñas se iban clasificando de acuerdo con su destino en la ciudad: encender el fuego del lar (con resina); mantenerlo, una vez encendido (sin resina); extraer semillas para nuevas plantaciones en viveiros (las piñas mejores); incluso, algunas de estas semillas, para comer (aunque no tenían muy buen sabor, quitaban la fame).

Ahí comenzaban algunas ganancias, entonces importantes: las piñas clasificadas se metían en sacos, y a lomo de animales, o en carros los más pudientes, eran transportadas hasta ciudades como Lugo o La Coruña, para ser vendidas como único combustible hasta la llegada del butano o del carbón. Más tarde, el transporte fue en camiones; y, finalmente, el gas, la electricidad, o la vitrocerámica, dejaron la rudimentaria industria reducida a estas raras escenas costumbristas, sólo perceptibles en esporádicas y oportunas ocasiones ya. En nuestros pueblos de montaña, las cosas no serían muy distintas.

Los asturianos Piñera, La Piñera, Piñeres, Las Piñeras, Les Piñeres, Los Piñares, Piñeira, Piñeiro, El Pino..., El Pinal,

El Pino..., y formas semejantes, debieron incluso correr peor suerte, ante la presión y la comodidad novedosa del carbón de estas zonas. A ello se hubo de sumar la llegada del ferrocarril y la carretera de Payares, que comercializaron fácilmente los derivados del petróleo. De ahí, el paradójico olvido fulminante en toda esta pequeña cultura y cultivo de pinos, piñas y pinales.

No obstante, como se acaba de señalar, tampoco en estos pueblos alleranos se borraron del todo las costumbres de los antiguos pinos. En la citada zona de La Pola'l Pino, Foces del Pino, o Piñeres, quedan restos de pinos autóctonos: unos, muy viejos, aislados, esporádicos, no plantados o replantados en tiempos modernos; otros, más pequeños, en lugares escarpados o muy pobres, torcidos, bastardeados, que indican una ininterrumpida continuidad semisalvaje de los unos, donde se van haciendo viejos los otros; finalmente, queda la muy arraigada costumbre de los alleranos de estos pueblos de plantar un pino ante la misma casa, sin otra finalidad que la pura estética y la llama asturiana del entorno pasado.

Paralelamente, en el vecino Piñera, sobre el Güerna, ya en el concejo lenense (entre chinizos, que algunos dicen allí), se refuerzan los datos: algunas personas ya mayores de Piñera y Carraluz recuerdan que, por Pascua, los ramos no se hacían de laurel y romero, como en el resto de las iglesias lenenses, sino de pino; y cuando los pinos fueron desapareciendo del entorno de Piñera, los más jóvenes entonces iban a buscarlos a los pueblos o montes del entorno, hasta que fue desapareciendo en todas partes, y los ramos tuvieron que ser de laurel y romero como los demás. Quedan los nombres, pero

también El Pinal, unos cordales más allá, en la vaguada del Payares.

Con todo, por aquello de las siempre intrigantes y al acecho homonimias toponímicas, podríamos reparar en una nota de discordia. Román del Cerro (1990), estudiando el léxico geográfico de la lengua ibérica, ofrece otra explicación para topónimos como Pinos en algunas zonas peninsulares. Según este autor, el caserío y el altozano de Pinos, lo mismo que el cercano montículo Pinar, en la sierra alicantina de Bèrnia tienen motivación geográfica (oronímica) y no vegetal (fitonímica).

Para Román del Cerro, topónimos como el citado caserío del alicantino Pinos tienen un origen que «se asocia al relieve de la colina, siempre que provenga del ibérico, es decir, se encuentre en una serie claramente ibérica; y más aun, tratándose de colinas donde no ha crecido la vegetación, por ser pura roca». Así, describe los citados lugares de Pinos y Pinar, lo mismo que otros también alicantinos como Pi, Pinsi, Pinós o Pi(n)oco, como tierras plagadas de pequeñas y numerosas colinas en las estribaciones de la sierra de Bèrnia.

Contrastando, en consecuencia, las referencias toponímicas asturianas y alicantinas para los posibles Pinos y Pinares, los riscos de la intriga no parecen escollo mayor entre la maraña: los citados lugares lenenses y alleranos, más o menos propicios y probados suelos para el pino, las piñas y el pinar, documentan todavía hoy en el entorno, y, en la memoria de los mayores, suficientes datos evitan

el obligado recurso a la voz ibérica para estos casos concretos.

En fin, el entorno allerano, entre sus montes y pueblos más altos sobre todo (Santibanes, Nembra, Casomera, Felechosa, Cuevas, Rubayer...), mantiene todavía hoy esa identidad toponímica que caracteriza la mayoría de los concejos de montaña. Nombres del suelo tan arraigados como El Monte l'Eyu, El Vatsé Cebotsero, Urdiales, Misiegos, La Viña, La Viñeta, Tsinares, El Batán, Xistroso, Bildeo, Xagual, Grameo..., o Sierra Betsosa, Las Robequeras de Cuan-dia, La Faisanera, La Cotsá los Gatsos..., suponen hoy una forma especial del lenguaje asturiano: describir lo estático natural frente al fluir mecánico, en esa otra cultura de más sofisticado artificio en el orden de las cosas. Vayamos por partes.

Estos y otros nombres (todavía legibles) en suelo allerano suponen, una vez más, esas ya raras formas de arqueología verbal, todavía para contarlos en este caso. Esos topónimos son la referencia estática del montañero, del ecologista, del asturiano sin más, para medir en el tiempo el cambio entre los cambios, la distancia de las culturas a distancia, el proceso circular del continuo devenir entre lo nuevo y lo viejo: lo que acaba de llegar y lo que ya no es novedad, pero que lo pudiera ser una vez más (incluso milenios después).

¿A quién podrían hoy decir algo (así, de sopetón) los roquedros, canturriales o brañuelas del Monte l'Eyu, a casi dos mil metros de altura, entre tierras alleranas y leonesas, allá por las estribaciones calizas de San Isidro?

Y, sin embargo, salvada esa distancia fónica, desde aquel eyu primigenio hasta el ajo forastero, no resulta difícil leer sobre el mapa, o sobre el monte, una zona allerana (como tantas otras peninsulares) especialmente dadas a la producción espontánea, asilvestrada y montaraz, de cantidad de pequeños ajos que florecen tupidos, cobijados al abrigo del viento norte por toda la abrupta loma allerana.

Por seguir con otro nombre, casi tecnicismo ya en la trofología y trofoterapia más en boga, bastaría recordar, más abajo, ya en el valle, entre Felechosa y Cuevas, en la misma falda de San Isidro, El Vatsé Cebotsero (con lo dicho, ya de lectura más familiar).

El lenguaje toponímico aún hoy documenta su sentido sobre esta zona allerana. Efectivamente, en las fincas inferiores del valle, en toda la zona-este, más retirada del viento norte y orientada al poniente, algunas fincas de pradera conservan todavía en primavera espesas (aunque discontinuas) eras silvestres de un cebollín montés, muy fino y espeso, que va brotando de forma espontánea (en torno a las rocas, sobre todo).

Ya en el mes de mayo y por el verano arriba, el cebollín se va convirtiendo en pequeñas cebollas muy duras, que despiden un fuerte olor en la seronda, cuando empiezan a secar sus ramas más verdes. Hoy, ya nadie las recoge seguramente, pero los alleranos de Rubayer, por ejemplo, las siguen llamando cebotsas de xabalinos o ayetas (conexión muy científica, botánica y verbal de ajos y cebollas), pues según ellos las comen muy bien estos animales.

Ciertamente, el uso humano que pudieran tener estos ayos y cebotsas monteses, mucho tiempo atrás, no sería fácil de documentar hoy. El güerto familiar cerca de la casa, caseríos y caserías en los distintos niveles de las laderas del valle, está abundantemente constatado en los escritos medievales de donaciones y compraventas, por lo que los alleranos de hoy tal vez ya no hayan oído siquiera la costumbre de recoger estos productos en su estado más espontáneo. Su cultivo en el huerto familiar aseguraba, sin duda, cosechas más cómodas y abundantes.

No obstante, ese lenguaje toponímico, fosilizado (aún sin borrar del todo) entre los riscos del espacio y del tiempo, informa hoy de una nota ecológica del pasado en el presente: de esa identificación de la voz toponímica con el entorno natural. Con esa modalidad del lenguaje más transparente, el hombre posmoderno (y los pos... posmodernos que controlen las movidas que vengan detrás) se puede informar acerca de referentes del pasado hoy bien diferenciados.

El signo toponímico se ha fundido, de esta forma, con la tierra, como una roca, un río, o una vaguada más..., con cambios tan pequeños, que los lugareños apenas perciben las diferencias. De ahí, la facilidad para un allerano de identificar un eyu, o unos ayos, en un monte, que a un extraño a la identidad lingüística asturiana ni se le ocurriría imaginar.

Por otra parte, este lenguaje toponímico nunca suele ser del todo local: se extiende a toda una región con su lengua, y está conectado a otras regiones más o menos vecinas o

alejadas, cada una con la suya propia. Coinciden, así, los mismos nombres con los mismos referentes, aunque las formas sean más o menos distintas según esas costumbres verbales.

Como topónimos que documentan el ajo, existe El Ajo, en Avila; Ajo, en Santander; Allo, en La Coruña y Lugo; Alledo, Alleira, también en Lugo; Los Ajos y Los Ajetes, en La Rioja; All, en Gerona; ya en zona francesa, en Ariège, está Aillères, que Dauzat interpreta como «campo plantado de ajos» (1984).

Como topónimos que atestiguan hoy las cebollas de antaño, quedan en Amieva las peñas y las cuestras de Cebolleda, y más altas las Torres de Cebolleda (entre los mismos Picos de Europa), que recuerdan El Pico y la Sierra de Cebollera, junto a los Picos de Urbión. En La Coruña, en Zas, Cebola; en Pontevedra, Ceboleiro; en Orense, Ceboliño; en Toledo, Cebolla; en Burgos, Cebolleros. En La Rioja, Fuente Cebolla, Val de Cebolla, Cebollar, Cebollistas, Cebolleros, Alto Cebollar, Hoya Cebollera, La Mesa Cebollera (González Blanco, 1987).

Además, y para terminar este punto, habría que citar entre los agricultores llaniscos las cebollas ajeras: unas cebollas muy pequeñas que se agrupan como dientes de ajo separados en la misma planta, pero que germinan separadas, cada una con su propio tallo (o flor, cuando espigan en la tierra); tienen de particular, respecto a las otras, que no germinan una vez recogidas (nun grichan). El dato léxico asturiano de aproximar las cebollas ajeras a los ajos en Llanes y Aller (las citadas ayetas de Rubayer) se corresponde

con los datos científicos botánicos, que hacen proceder las dos liláceas de la misma especie: el consabido allium latino.

Por completar este campo de plantas, merecen siquiera una reseña las viñas alleranas: otro de los nombres que más extraña al campesino de estas zonas, cuando un extraño interpreta topónimos como La Viña (serie de praos en Urbiés –Alonso Megido, 1991–), La Viñeta..., y lugares semejantes, hoy sin restos relevantes de viña alguna sobre el suelo.

Topónimos de este tipo siguen documentando, ya sólo en lo verbal, aquellas viñas asturianas, por pequeñas que fueran. La única prueba puede estar en esas pequeñas y ocasionales parras aisladas (racimales) que todavía quedan en torno a las casas y las güertas de los poblados. Estas parras producían (y siguen produciendo, aunque apenas se comen ya) unas uvas blancas más o menos agrias, no muy buenas para el vino, pero uvas al fin. Algunos mayores recuerdan, no obstante, que también había unas uvas negras, más dulces y de mejor gusto, codiciado manjar a falta de otro mejor.

El último reducto hoy de las viñas asturianas de ayer puede estar simbolizado en el vino de Cangas del Narcea: un vino de una uva negra, grueso y fuerte, pero también vino en definitiva y a falta de otro más dulce. No es el caso de añadir ahora los abundantes topónimos de este campo diseminados por toda Asturias, lo mismo que en otras lenguas y regiones. Baste recordar que ya en época medieval aparecen referencias constantes al vino y las viñas en los grandes

señoríos eclesiásticos y laicos, monasterios mayores y familiares y heredades menores (Uría Maqua, 1990). De ahí, el lenguaje toponímico asturiano correspondiente: La Viña, La Viñuga, La Viñuela, La Vincietsa, A Viñola, As Viñes..., según las zonas.

No obstante, estos suelos montañosos, casi siempre húmedos y fríos, no ofrecerían un vino ni demasiado abundante, ni de buen paladar. Precisamente por ello, abundó la sidra. Conocida es la noticia del geógrafo Estrabón, respecto a la dieta de los astures de hace dos mil años: «Beben zythos (cerveza), y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares» (García Bellido, 1986). Pero, si escaseaba, es que el vino y las viñas existirían, por lo menos, antes de los romanos. No se olvide que parra es un término de origen prerromano.

Algunas voces de origen animal

Y no podríamos terminar esta breve andadura toponímica por los pueblos de Aller, sin un escueto bosquejo de nombres que recuerden el animado bosque de los montes más altos: un bosque bastante más animado ayer que hoy, bien poblado de animales mayores y más pequeños, hoy reducidos también sólo a nombres (Concepción Suárez, 1990).

En estos montes más altos, fayeos sobre todo, o entre fayo-

tal y fayotal, quedan nombres tan ecológicos como La Faisanera, El Gatso, La Cotsá los Gatsos, Cutsá'l Guetsu, El Preu Gatsón, El Gatsiniru... Todos ellos lugares boscosos, monte o camperas más apacibles frecuentadas por el urogallo y el faisán (o, tal vez, por uno de los dos en confusión con el otro, según los usos verbales asturianos de la zona). Incluso, en algún caso, puede tratarse del macho perdiz y el pollo perdigón ya mayorín, como en el caso de la gatsina: la perdiz, en muchos pueblos.

En el caso de La Faisanera, la referencia verbal es clara: el faisán. Ahora bien, la variedad regional asturiana más generalizada es el urogallo, por lo que también pudiera tratarse de nombres distintos (con referentes distintos, claro está) pero confundidos en el lenguaje de la zona. Los vecinos del valle de Nembra y Santianes de Murias definen La Faisanera hoy todavía por la presencia de faisanes en los fayeos del monte que lleva el nombre. Ahora bien, recordando el colorido, plumaje, tamaño, tipo de cresta, cola, costrumbres, tipo de canto..., los mismos informantes no podían precisar si eran realmente faisanes. Más bien coincidan en el típico urogallo regional de siempre.

En el caso de El Gatso, El Guetsu, El Gatsón, Los Gatsos..., las referencias son más complejas. En principio, habría que pensar en el urogallo-macho; es evidente. En el uso asturiano, el urogallo sigue siendo el gallo de monte: gatsón del monte, gallu monte... Su poderoso canto, su presencia dominante en todo el cantadero del valle o del bosque, su colorido variado y adaptado a las distintas estaciones del año, sus ritos en la época de celo, su codiciada carne y figura con los objetivos más dispares, hizo del

urogallo un mito zoológico de los bosques de Asturias (Alfredo Noval, 1981).

Por esto, parece lo más razonable interpretar estos topónimos como lugares que tradicionalmente van dejando en heredad cada urogallo macho al más joven que le suceda en fuerza y dominio del cantadero. Por voluntad propia o por la fuerza más imperiosa de la nueva savia, otro pollo joven se puede imponer en la primavera siguiente, a los primeros brotes de las fayas en los hayedos del entorno. El resultado es que una misma campera, el mismo hayedo, la misma faya incluso, son cada año escenario de poderosos gallos inundando con sus cantos el valle entero, a esas misteriosas horas de la madrugada, antes que aparezcan los enemigos con los primeros rayos del alba. El privilegio de la escena tampoco es ya patrimonio de los más.

La toponimia conserva en el suelo estos nombres, aunque, efectivamente, hoy ya no resulte fácil actuar como espectadores privilegiados ni del escenario zoológico, ni de la melodía del canto, por ronco, desafinado o seco que resulte según los casos.

En algún lugar como La Cotsá los Gatsos, pudiera tratarse simplemente de las crías nuevas de las hembras: la potserá de los nuevos polluelos que nacieron en el verano (entre cuatro y ocho, normalmente). Como son aves nidífugas (huyen del nido al salir del huevo), la potserá se va reduciendo enseguida entre las rigurosas leyes del monte, de modo que pocos pollos llegan a mayores («munchos nun chegan a télamu»).

Pero en época de sobreabundancia de urogallos, la tradición era recorrer los montes en la seronda, para recoger los pitos que se pudiera. De ahí, topónimos paralelos del tipo La Campa la Gatsina, tan frecuentes en asturiano: camperas, mayaos, cerca de los fayeos y fayotales, en los que todos los años por la seronda aparecía alguna gatsina, con los urogallos pollos correspondientes y variados en número y tamaño. Servían igual. No obstante, según otros hablantes, topónimos de este tipo deben el nombre más bien a los pollos de las perdices o perdigones. También pudiera ser. Quedan ahora mitos y leyendas a un lado.

Como no acabaríamos, ni mucho menos, con la compleja y variada fauna ni flora toponímica por los pueblos de Aller, podemos cerrar aquí mismo el mosaico ecológico de los nombres del monte. Dejamos para el montañero, el aficionado o el simple observador, la lectura toponímica de otros muchos puntos del suelo allerano (no demasiado difíciles de interpretar): L'Azorera, El Palombar, Las Robequeras, La Fuente las Robecas, El Monte los So Corcios, Vatse Curuxeo, Los Picos de la Tsiebre, La Pena'l Martón, Renorios, La Canga l'Eila, L'Utrera, La Pena'l Cuirgu, Las Gavilanceras, El Baitsaero l'Oso, La Melera, La Pena la Miel... Todo un zoo abierto, un bosque animado, una melodía de sonidos, cantos, chirridos, chasquidos..., de aquellas otras formas de amanecer.

En fin, el lenguaje toponímico es una forma de lenguaje al lado de otras. Pero es un documento especial, como herramienta imprescindible de trabajo a la hora de reconstruir el entorno ecológico desde los tiempos más remotos (vegetal, alimentario, animal, humano). Las deficiencias y lagunas toponí-

micas se presentan por el cambio ambiental: en este caso, las palabras del suelo desaparecen también con la memoria del último lugareño, a veces sin dejar huella alguna. Los dos (lenguaje y lugareño) pueden contemplar juntos y para siempre el silencio del secreto.

El estudio científico de este lenguaje toponímico (ayudado de y en colaboración con otros lenguajes: de la Arqueología, de la Historia, de la Medicina, de la Arquitectura...) contribuye, poco a poco, a volver un poco más familiares a todos aquellos habitantes que columbraron primero que nosotros estos mismos montes; trazaron los mismos caminos a media ladera de las montañas; franquearon y flanquearon los mismos bosques en busca de alimentos y maderas para sobrevivir a un medio también hostil; diseñaron, sin saberlo, las típicas cabanas de los puertos y brañas de hoy; rompieron para la cebada, la escanda y el centeno las mismas tierras de labor, hoy pulverizadas bajo el ruidoso tractor.

Simplemente, fueron sobreviviendo en su entorno. Y para saber de sus gabelas y garúas, nos queda todavía la lectura de esos nombres del suelo, algunos tan arraigados como en estos pueblos y montes de Aller.

Referencias bibliográficas:

- Agud Querol, M. (1952). «Alba, topónimo preindoeuropeo». Primer Congreso Internacional del Pirineo. Zaragoza.
- Alonso Megido, G. – Lada Tuñón, C. (1991). Toponimia de la parroquia de Serrapio. Conceyu d'Ayer. Toponimia, nº 9. Academia de la Llingua Asturiana.
- Benveniste, Émile (1983). Vocabulario de las instituciones indoeuropeas. Madrid: Taurus.
- Concepción Suárez, J. (1990). «El lenguaje toponímico de origen animal (Zootoponimia)». BIDEA, nº 136 (págs. 751-767).
- Dauzat, A. – Rostaing, Ch. (1963). Dictionnaire étymologique des noms de lieux en France. París, VI: Librairie Guénégaud.
- Fouché, Pierre (1945). «A propos de *kaI-. Étude de Toponomastique pré-indoeuropeenne». Anales del Instituto de Lingüística, t. III (págs. 57-93). Mendoza.
- Fratila, Vasile y AA.VV. (1948). Dictionarul toponimic al Banatului. Timisoara.
- García Bellido, A. (1986, 9ª ed.). España y los españoles hace dos mil años (Según la Geografía de Estrabón). Madrid: Espasa Calpe.

González, J. M. (1959). Toponimia de una parroquia asturiana. Oviedo: IDEA.

González Blanco, A. (1987). Diccionario de toponimia actual de La Rioja. Instituto de Estudios Riojanos. Universidad de Murcia.

Griera, A. (1950). «Catalán Alba». Estudios dedicados a R. Menéndez Pidal, t. I (págs. 78-83). Madrid.

Hubschmid, Johannes (1960). «Lenguas prerromanas indoeuropeas: testimonios románicos». E.I.H., I (págs. 127-149). Madrid.

León Florido, F. (1987). Signos del ahora. Madrid.

Noval, Alfredo (1981). Enciclopedia Temática de Asturias. Zoología: vertebrados. Ediciones Júcar.

Renfrew, Colín (1987). Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos. Barcelona: Editorial Crítica.

Sevilla, Martín (1980). Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias. Oviedo: IDEA.

Uría Maqua, J. (1990). «Los primeros dominios señoriales y el Principado de Asturias». Historia de Asturias, nº 25. Oviedo: La Nueva España.

Villar, F. (1971). Lenguas y pueblos indoeuropeos. Madrid: Itsmo.

Julio ...

... que, un día, también me encontré en el senderu con Juanín de San Miguel.

A modo de resumen:

1. Colaboradores de la <u>andecha</u>	3
2. Dedicatoria	7
3. Un poema de Juan García: «La cadena»	8
4. Palabras previas. Julio Concepción Suárez	10
5. Palabras sentidas	15
6. Poemas. Carlos Díaz Palacios (Ex-alumno. I. B. Pola de Lena)	16
7. «Horizonte marino». Dolores Fernández Torre (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	21
8. «Alguna vez te esperaré». Mercedes Díaz (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	23
9. Poemas. Marisa Vázquez Oreiro (Ex-alumna. I. B. Cée. Coruña)	24
10. Poemas. Irene Cifuentes del Corro (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	27
11. «El pueblu abandonéu». Adaptado por Eugenio Rodríguez (Ex-alumno. Colegio Público de Zurea)	31
12. «Mas otro Fénix retornará». Noelia García Argüelles (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	33

13. «Amigo Juan». Jorge Sueiras (Ex-alumno. I. B. Pola de Lena)	34
14. «Hasta siempre, Juan». Víctor Fernández Barata (Ex-alumno. I. B. Pola de Lena)	35
15. Poema y «Recuerdos...». M ^a Guadalupe Sánchez Enríquez (Compañera. I. B. Pola de Lena)	36
16. «Remanié du poème...». Elvira Suárez (Compañera. I. B. Roces. Gijón)	38
17. «Palabras para el camino». Julio Concepción Suárez (Compañero. I. B. Pola de Lena)	40
18. Panchón allerano	47
19. Por los pueblos de Aller. Julio Concepción Suárez	48
20. <u>Panchón allerano</u> . Versión allerana. Sira Casado (Compañera. I. B. Pola de Lena)	49
21. <u>Panchón allerano</u> . Versión inglesa. Jenaro Fueyo García (Compañero. I. B. Lugones)	51
22. «Un dessert d'Aller». Versión francesa. Elvira Suárez (Compañera. I. B. Roces. Gijón)	53
23. <u>Panchón allerano</u> . Versión portuguesa. Mónica Moreira (Alumna de 1º de BUP. I. B. Pola de Lena)	56
24. En torno al <u>xabú</u>	59

25. «El <u>xabú</u> en Asturias». Gun Larsson (Compañera. I. B. Lugones)	60
26. Escenificación asturiana	71
27. <u>Auto de Reyes</u> . (Recogido, introducción y notas por Julio Concepción Suárez)	72
28. Anotaciones literarias	87
29. « <u>Análisis estructural de ¡Adiós, Cordera!</u> ». Genaro Alonso Megido (Compañero. I. B. Candás)	88
30. A la <u>gueta los guirrios</u>	99
31. <u>Guirrios na parroquia El CONDAU</u> . Vicente Rodríguez Hevia (Compañero. I. B. El Entrego)	100
32. Romances en Lena	113
33. Cuatro versiones de un romance en Lena: <u>Rosina encarnada</u> . Ascensión Herrero (Compañera. I. B. Naranco) y Julio Concepción Suárez I. B. Pola de Lena ..	114
34. Versión 1. Recogida por Nuria Martínez (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	118
35. Versión 2. Recogida en Eros por Natividad García Morán (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	120
36. Versión 3. Recogida en Campomanes por M ^a Isabel Rodríguez (Ex-alumna. I. B. Pola de Lena)	123

37. Versión 4. Recogida en Campomanes por Cándido Rodríguez (Ex-alumno. I. B. Pola de Lena)	127
38. Romance de <u>La loba parda</u> . Versión lenense. Recogida por Bernardo González Villanueva (Ex-alumno. I. B. Pola de Lena)	131
39. Entre bytes y bites	135
40. «El juego de las generaciones informáticas». Juan Noriega Arbesú (Compañero. I. B. Pola de Lena)	136
41. De un profesor en su tiempo: <u>Aelfric</u>	141
42. «Hoy, como ayer» (Notas sobre la pedagogía del inglés <u>Aelfric</u> . Eysham, s. X). Genaro Fueyo García (Compañero. I. B. Lugones)	142
43. Por los nombres alleranos	149
44. «Notas sobre el lenguaje toponímico: algunos nombres de Aller». Julio Concepción Suárez (Compañero. I. B. Pola de Lena)	150
45. Referencias bibliográficas	169
46. A modo de resumen	173

En Pola de Lena, otoño